Flash - 27 II 1968 - Nº 238

JOAQUIN EDWARDS BELLO

Joaquín Edwards Bello, el cronista más agudo, certero e incisivo con que ha contado jamás el periodismo chileno se suicidó de un balazo en la boca. El hecho ha sido vastamente comentado por toda la prensa, y sobre su vida, su obra y su trágica muerte se han llenado páginas y páginas de diarios y revistas. Nosotros queremos limitarnos esta vez, como una muestra de sincera admiración y respeto al genial escritor, a reproducir una de sus crónicas...

POCAS personas de ahora podrían comprender lo que estas palabras significaban hace medio siglo. Europa o París eran vibraciones mágicas.

"Vienen llegando de Europa", oíamos decir en Valparaíso. Después veíamos pasar a dichas personas. Las miradas se clavaban en las estampas señaladas. Se trataba casi siempre de damas imponentes, de la clase alta, encorsetadas y muy bien peinadas. Ondulation Marcel. Sus caras eran blanquísimas. La gente ingenua decía que se habían "esmaltado". Las seguían en las calles para estudiarlas.

Nombres sonoros de damas, que hoy son cenizas o viento, llegaban de Europa envueltos en leyendas.

"¿Saben quiénes llegaron de Europa?" Se trataba de damas de la plutocracia antigua, con nombres de conquistadores, de encomenderos, de mineros y de agricultores. Traían de París un aire titánico, majestuoso y dominador. Traían ropas de París y barniz parisiense, pero no la gentillesse. Tenían un aire mandón y cruel. Una belleza de lobas con risas sarcásticas. Eran altaneras como la mexicana María Félix. En la película "French Can Can" se puede apreciar el contraste de las chiquillas de París con María Félix, expresión moderna de la Quintrala y de Doña Bárbara.

Hasta la conquista del aire y de la democracia por el pueblo, el hecho de ir a Europa fue un privilegio. Créanme si les digo. Conquista del aire y democracia son hermanas. El aire une a los pueblos más que las leyes y los discursos.

Actualmente va a París y a Nueva York todo el mundo. A cada rato llega gente de París, sin revolucionar el ambiente de ninguna parte. Esto es democracia y suavidad en las costumbres. Dejamos de ver a alguien por dos o tres semanas. Le encontramos y le preguntamos que dónde estuvo.

—¿En Pudahuel, en Renca, en Llo-Lleo?

El amigo dice frísmente:

—Vengo de Constantinopla, de Siria y de Beiruth. El martes parto a Caracas.

Otro dirá:

—Estuve en París el jueves. El domingo, en Madrid. Pasé por Roma y por Nápoles.

Ir a Buenos Aires es cosa vulgar. Buenos Aires, Montevideo, Lima. Es cosa de pocas horas. Ahora podemos hablar de París en francés sin sacar pica.

Yo me asombro de esto. Yo fui a Europa con mi padre, mi madre y seis hermanos, en 1904, por la cordillera. En fila india. Con precipicios a ambos lados, en escenarios dantescos. Era un drama.

Pocos son los que ahora piensan en París como en un imposible, como ocurría antes. El París de "El seminarista" quedó lejos. Más de medio siglo nos separa de ese París evocado por Zapater y por la Elvira Celmendi. "En París por la mañana si te ocurre madrugar, de seguro, amigo mío, gente chic no encontrarás."

Los trenes expresos que acortaron las distancias desde mediados del siglo pasado ahora nos parecen anticuados.

Yo no soy de estos tiempos. Todavía me emociona oír la palabra París. En la película "French Can Can" temblé de emoción. Viví momentos inefables en las calles donde transcurre dicha película, las de la Place Blanche, donde está el Moulin Rouge. Viví en Pigalle 60.

A vuelta de dicha calle, en Henri Martin, cerca del Bal Tabarin, vivían mi prima Manolita Portales y Vicente Huidobro. Yo era ya viejo en París: Años 1913-1916.

La idea quimérica de París es anterior. Es del 900.

La partida de Lucho Bustos a París, en 1902, fue un acontecimiento social en Valparaíso. Se llevó como secretario al Bonito Borne. Emilio y yo nos encontramos con ambos el año 1904, en el foyer del Folies Bergère. Eran la estampa pecaminosa, el mal ejemplo que los padres ponían a sus hijos. En efecto, Luis Bustos se arruinó agradablemente entre cocottes y mesas de juego. París sonaba como pecado. El año 1900 nació la sección Vida Social en los diarios. Aparecieron las tres palabras consagradas: "Partió a Europa". Eran unos pocos, casi siempre millonarios o "comisionados".

En la ópera, el palco de la gran dama bellísima "que venía llegando de Europa", era bombardeado por las baterías de antojos. Querían saber qué novedades traía. Cómo estaba.

No era permitido ir a París y llegar lo mismo que antes. Decir de alguien que "llegó igual" era darle patente de infeliz.

Las preguntas a los que regresaban solían ser conmovedoramente tontas:

—¿Con cuánto se puede vivir en París?

—¿Qué situación social tiene Lucho Bustos en París?

—¿Vio el bidet de Eduardo VII en el Chabuneau? ¿Tenía música?

Se contaba en cierta ciudad de provincia el caso de un caballero que llegó de París. Le citaron en el club las personalidades del pueblo para que desembuchara. Alrededor de las copas consagratorias de champagne le descargaron la pregunta terrible:

—¿Cómo es París?

El recién llegado tragó saliva. Se concentró. La expectación aumentaba. Pasaron cinco, seis minutos. Por fin, tras de aclararse la garganta, dio a luz:

—¡Muy grande!

Abundan las anécdotas alusivas al delirio de París. Se contaban los casos raros de Vicente y de Gustavo Balmaceda. El primero gastó una fortuna en diversiones santiaguinas. No conoció París. Vivió, eso sí, en una calle con nombre francés: D'Ardignac.

Otro caso es el de Cabrerita, figura conocida en las calles de la capital. Gastó una fortuna equivalente a treinta millones en el Zeppelin y donde Jacquin, sin conocer París. Cuando le preguntan al le pesa, responde:

—¡No! ¡El Fru Fru, la Chamorro y el viejo Jacquin valían por diez Parises!...

Otro caso. En la puerta de un hotel, en Viña del Mar, vi una viejita que llegaba con maletas cubiertas con etiquetas de hoteles. En mis tiempos había sido vendedora de pequenes en Valparaíso. En sus maletas, como mapamundis, los letreros decían: París, Roma, Londres, Berlín, Madrid, Nueva York, Caracas.

Pregunté a un amigo viajero de ahora:

—¿No hay grandes dificultades para viajar por el aire?

—Sí. Hay una, muy grande. Es la contribución 100 o inevitable impuesto a la elegancia y la belleza de nuestras mujeres.

—No entiendo.

—Querido amigo. Se ve que no has viajado en estos tiempos. La mayor dificultad consiste en los encarguitos. En cuanto se enteran de que nos vamos se acercan a nosotros en bandadas. Son expertas. Es asombroso. Conocen las especialidades de todas las capitales. Si vas a Nueva York es terrible. Zapatos, sombreros, tapados, medicinas raras, cremas... Si van ellas, en llegando saltan del barco y se van camino de sus amores... Las tiendas... La chilena es la mujer más entendida en modas del mundo.

Joaquín Edwards Bello. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Joaquín Edwards Bello. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile